

EL AMOR
EN LOS TIEMPOS
DEL
CORONAVIRUS

Subiendo a Monserrate

Kenneth Giovanni Parra Álvarez
Y
Nidia zuleima Parra Osorio

autoreseditores.com
año 2021

SUBIENDO A MONSERRATE

¿Hacia dónde se dirige? Le pregunta uno de los habitantes del lugar, luego de que ya el bus del sistema transmilenio color azul estuviera arribando. Me dirijo a la casa de mis suegros, le responde. Y ¿Cómo se llaman sus suegros? Insisten en sacarle más información, porque no lo iban a dejar pasar, y eso que había salido del sitio ese mismo sábado santo en la mañana. Ellos son Emilia y José Daniel, les dice con un tono fuerte. La mayoría de los que se encontraban custodiando la entrada a la vereda tenían puesta una ruana, de esas bien calurosas que sirven para el frío, cada persona portaba un gel desinfectante y puesto su tapabocas, andaban escasos porque era obligatorio que todo el país los portara. Se estaban cobrando multas hasta de un millón de pesos colombianos por el hecho de no llevarlos puestos. ¡Listo, puede seguir!, le dicen al conductor del bus, y él levantando la mano izquierda los saluda, acelera, y al cabo de unos diez metros vuelve a detenerse. Don Giovanny baja del bus, y

se encuentra unas cuantas ovejas pastando en el camino. Ingresa a la casa principal de doña Nidia, quien lavaba una ropa y hacía otros oficios. Al estar dentro, debe quitarse toda la ropa y ponerla enseguida en enjuague, porque no debe tener contacto con ninguna persona hasta estar completamente desinfectado. Era la época en la que se había desatado una pandemia en todo el planeta que no se conocía desde la segunda guerra mundial, por la intromisión de una bacteria que afectaba el sistema respiratorio y otros organismos. A diario fallecían miles de personas en el mundo, y, los países hacían todo lo posible por contenerla, algunos de ellos, especialmente en el antiguo continente, sufrían la mayor catástrofe, personas de todas las edades iban muriendo a causa de este virus. Los noticieros locales no dejaban de alertar a la población sobre las estadísticas de cuántos iban siendo infectados, cuántos iban muriendo, y si acaso, cuántos de milagro se iban

recuperando. Don Giovanni y doña Nidia, asombrados viendo la programación en la televisión, comentaban sobre lo que acontecía. ¡Dios mío, tantos muertos! mencionaba él con tristeza, ¿Acaso no se cansan de decirlo?, pareciera que les gustara o se mofaran de hablar y hablar de estadísticas, siendo que lo que hay en ellas son difuntos. ¡Las personas no aprenden a estar en cuarentena y no hacen caso, por eso les pasa, ya van más de dos mil personas infectadas en este país, más de cincuenta muertas y unas doscientas que se han salvado! Era sábado santo y don Giovanni había tenido que salir para conseguir insumos y materia prima, pues tenían junto con su esposa un pequeño negocio en el que se ofrecía avena colombiana y tortas caseras. Como a las siete de la mañana de ese día se alistó para viajar alrededor de cuarenta minutos hasta el centro comercial el Tunal, pero no tuvo la suerte de entrar porque se había decretado algo llamado pico y cédula,

una ley que permitía salir a la calle por el último dígito de la cédula, la cuya terminaba en ocho. Sin embargo, comenzó la búsqueda de los insumos, se conectó a internet y escribió surtimax, el lugar en donde podía conseguir las mezclas para hacer las tortas, aparecía que en veintidós minutos caminando llegaría. Mientras caminaba pensaba don Giovanni en que el mundo ya no volvería a ser el mismo, un mundo en donde se podía salir a caminar. Mientras tanto, Doña Nidia se hacía cargo del negocio de comida, que ya era complicado, a pesar de la ayuda que, gracias a Dios, recibían en su humilde hogar por parte de los padres de juntos; no sólo debido a la pandemia, sino también porque el dinero había empezado a escasear hacía mucho y a duras penas se vendía lo necesario para comer, sino porque la gran mayoría de las personas preferían permanecer resguardadas en sus casas y cocinar sus propios alimentos, no eran tiempos para ser débil. Don Giovanni se dirigió

al supermercado mientras observaba cómo disminuía el tráfico y, por consecuencia, la contaminación del medio ambiente en Bogotá. Tuvo que hacer una fila de una cuadra, pues la distancia permitida de persona a persona era de dos metros y casi no se podía ni siquiera acercarse entre uno y otro para prevenir el contagio que se producía con un simple saludo de mano o un abrazo, no era raro pues por estos días hasta el miedo se contagiaba con una mirada, pero no tan difícil, pues para entonces la humanidad ya estaba enferma de egoísmo e indiferencia y funcionaba, como siempre, la ley del sálvese quien pueda y ya éramos tan independientes que no teníamos a un Creador, sino que habíamos nacido por generación espontánea y por eso se asesinaban miles de embriones humanos en el vientre de sus madres todos los días, sin que la gente tuviera consciencia de que esta era una nueva oportunidad de parte de su Creador para purificarse y tener la dicha de estar con

Él por la eternidad, pues a la larga, la preparación para esta importante cita y juicio, era lo que nos tenía vivos milagrosamente aún. Don Giovanni entró al supermercado, no sin que a la entrada un hombre con un frasco lleno de gel antibacterial le hubiera echado este producto en las manos con el fin de prevenir que el coronavirus, que así se llamaba el asesino mortífero que acababa con más de cien mil vidas en menos de un mes en todo el mundo, entrara también con él. Adentro sólo hombres con la lista de las compras en su mayoría escrita por sus mujeres, debido al pico y género, no podían salir en día con número impar, era hasta divertido de ver a quienes seguían ordenando la vida de la humanidad aun confinadas y violentadas por aquéllos mismos que juraron incluso ante Dios amarlas por siempre, era muy triste de ver. Don Giovanni compró lo que estaba escrito en la lista lo más rápido que pudo y salió, pues, el viaje de vuelta, con buena suerte duraba unas tres horas,